

El estudiante que se desaplicó

(Bases de novela)

(Conclusión)

De un golpeazo en las aletas cayó al suelo. Los arados, la rastrera, los alcores, las lomas daban vueltas en torno de su cuerpo. Al viejo morillero lo veía ir y venir de aquí para allá desarticulado y como un pelele. Tierra y bóveda celeste se juntaban y separaban a semejanza de dos enormes platos, y el chocar no parecía sino que se desquiciaba el mundo... El sol, bola flamígera, empezó a ensancharse en gigantescas circunferencias concéntricas, una de las cuales vino a rodar junto a su rostro. En su mente surgió en aquel segundo una idea: Tomar venganza de todos: del tío Tal, del tío Cual, de Mateo Gil, de Goyón, de Enciclopedia, de don Escrípulos, de La niña de la Casaca... Y hasta de su padre y de su misma madre... Y, aun más, del pueblo entero... Sin pérdida de tiempo agarró un puñado de lastos. Encendiólo en el enorme anteojo solar, que continuamente pasaba girando cerca de donde yacía. Con inauditos esfuerzos se puso de pie. Y alargando el brazo, que, superlativamente elástico salió, sacó de su cuerpo... ¡zas!, le prendió fuego a las hacinas de las eras de San Roque; ¡zas!, a las del camino de Las Pedroñeras; ¡zas!, a las del grapo del Molino de Arce. Pronunciando el lugar se vio rodeado por un destructor cinturón de fuego. ¡Horrible espectáculo...! Los gritos, los alaridos y el vocerío de las gentes se mezclaban con los agudos relinchos de las caballerías y lastimeros aullidos de los canes. La grandísima hoguera alzaba elevadas llamas y ensordecía el crepitar de los granos de trigo, al quemarse. Principaron a tocar a rebato las campanas de la iglesia, y desde Los Fontaneros, unos pastores acompañaban al medroso tañer levitando sobre sus gorros todas las esquilas y cencerro de sus rebaños. ¡Qué! Por cuantos medios estuvieran a su alcance, el impediría que fueran socorridos por nadie de la contornada. Inexorablemente aquella noche tenía que quedar lúbrida reducida a cenizas y escombros. De un manotazo hizo rodar a los pastores, acallando el sonar de sus badajadas. Y para ahuyentar los ligübreros y excitantes toquetos del campanill, cogió una gavilla de cañadillo, hecha ascua, y la introdujo entre el maderamen de su cúpula. El venusto edificio principió a arder. Luego la Casa Consistorial. A continuación unos bardales. Después otros y otros. Y la ramazón de la olmeda... Su brazo elástico era el encargado de propagar el incendio por todos sitios. Y, satisfecho de su proceder, se refa, se refa, a grandes carcajadas. ¡Ja, ja, ja...! contestaba a su reír el eco del campo: los rastreros, los arados, los baldíos, los olivares, los meljuelos, el carrascal, las lomas. Y también remedaban su frenética hilaridad las campesinas aves: las calandrias, las perdices, las urracas, los buhos... Y de pronto, en lo más hondo de su conciencia, un punzador pesar: «¡Qué lástima, que lástima...!» Y a continuación un escalofrío de medrosidad: «¡Mi perdición...!» Vendrán a buscarme y me matarán... ¡Sálvame, Dios mío...! Echó a correr a traviesa campo. Oculto el sol y fñado el crepúsculo, la más negra oscuridad se había enseñoreado de la tierra. Pasó por unos lindazos. Saltó por unas acequias. Huir, huir era su único pensamiento. Tropezó en unas pedrizas. Se desgarró las carnes en unas zarzas. Huir, huir... Sus pies sangraron al cruzar unos canchales. Y desalentado se precipitó en una barranca, y en el fondo quedó maltrucherozas sus piernas y destrozada su cabeza... Se albitó morir. Acordóse de la medalla de la Santa Cruz que al salir, para sus estudios, su madre le pusiera, y al querer sacársela del pecho, para besarla, no pudo. A guisa se opuso a ello atenezándole con sus feroces garras: el propio Satanás... No pudo gritar. El Diabolo con uno de sus afilados cuernos le taladró la garganta y de su boca comenzó a salir sangre a borbotones. Al instante montó sobre la grupa de su negra cabalgadura y con él partió veloz hacia el averno. El viscoso rabo del perverso ginele, fuertemente enroscado a su cintura, no le dejaba escapar. Y despidiéndose de la tierra, por un intrincado y pavoroso sendero bajaban, bajaban, bajaban...

... Siente se hallaba el campo, y el cielo plagado de estrellas, cuando el joven estudiante y el vie-

jo morillero emprendieron el retorno del paseo. Los ganados se habían recogido en sus rediles y las alondras y cigarras, puestas de acuerdo, dejaron de cantar apenas vino la noche y se bebió el último gotazo de luz.

Ya cerca del pueblo, hasta ellos llegó el movimiento y ruido retinante aún en las eras: comentarios de amos y mayores acerca de los trabajos para la siguiente jornada; cantares de los zagalones, regresando de abreviar las yuntas; alegre bullicio de los rapaces libres del pesado resol y amarramiento a los trillos; los ladridos de unos perros, el disonante rebuzno de un asno... También se oía el fuerte y repetido rozar de una pala en el suelo y el pistoneo de una aventadora: la misma que todavía no hacía dos semanas adquirió su padre y, para ver cómo funcionaba, todos fueron invitados menos él... Allí estaba a la izquierda de la chopera. No se podía equivocar: sobre un alto rollizo destacábase una reaplaciendeante bombilla de cien bujías...

Llegaron a su casa. Y el silencio de ambos, hasta entonces reconcentrado y tenoz, fué roto por el mancebo:

—Es imposible que yo pueda resistir tanto... ¡Desprecie por todos...! ¡Ay, cuándo vendrá septiembre con los exámenes...!

Y al poner los pies en el zaguán:

—Nada digas, a nadie, del marreo que esta tarde me dió...

Por el sonar de la vajilla en el comedor supuso que estaban preparando la mesa para cenar. Y él dispuesto a no probar bocado, pues estaba desganado y febril, se retiró a su alcoba. Pero, al pasar por el cuarto, de estudio se detuvo al encontrarse una carta encima de la mesa. El sobre de letra ebelta y angulosa y perfumado le delató su procedencia: noticias de Beatriz... ¡Qué bien...!

Y se puso a devorar su contenido: Nada: Su amiga se aburría considerablemente; leía algo para iniciarse en el próximo curso; paseaba por este sitio y el otro; alguna que otra vez se iba a dibujar a los hoclos y riberas del Júcar; regaba las macetas y en particular una de rojos claveles; y asistía a los conciertos del Parque de Canalejas. Por cierto que el último domingo se acordó mucho de él al oír aquella música que tanto le gustaba: la sinfonía de *Katiuska* y terminaba: «De buenísima gana te pondría cerca de mí para quitarte esa melancolía que te pesa tan grandemente...»

Guardóse la misiva y se metió en la cama. Empuñó la pera del interruptor y dejó la habitación a oscuras. Procuró dormir y el sueño no le obedecía. Desde allí adivinaba todo lo que en la casa sucedía: El regreso de su padre de la era; el cruir de la gorrucha del pozo sacando agua para que ésta se aireara durante la noche y no le hiciera daño a las mulas al beberla por la mañana; los relinchos del caballo que estuvo trillando y lo trajeron porque en el comedero no se estaba quieto; los graznidos de los patos al ir por ella al corral; el maullar de *Lix* y *Lax* en la cocina; el roer de la carcoma en los viejos cuarterones de la techumbre...

No dejaba de dar vueltas. Se asfixiaba. Encendió la lamparita de la mesa de noche. Se levantó y abrió el ventanal. Sacó del bolsillo de su americana la carta de Beatriz. Y recostándose en el lecho, despaosadamente y filándose en sus alargados brazos y firmes perfiles se puso a leerla. Y después de pasar sus ojos por el final de sus renglones y saborear aquellos de: «De buenísima gana te pondría cerca de mí para quitarte esa melancolía que te pesa tan grandemente...» mató otra vez la luz y rompió a llorar...

Y su madre:

—¿Por qué esas lágrimas...?

—¿Qué te pasa...? ¿Estás malo...?

Y él:

—Sí; me duele el alma...

Aquilino García Nájera.

La Alberca de Záncara.

“Cuando se cruza Castilla...”

Abandonando el nido de rocas con pajuelas verdes y eternas de la vieja Vasconia, he venido a detenerme en un rincón conqense de la grande Castilla. Rincón sin recoveco, sin limitación lateral de montañas, sino un huequecillo en el regazo maternal, regazo amplio, como la superficie de la tierra hispana, de los campos castellanos.

Como una mocilla coqueta y blanca de culis que pretende amonrenarse exponiendo la albura de su piel al tostado del sol canicular, Albendea, el pueblecito que parece dormido, como un rayo de luna en una cascada de oro viejo de sus trigales, me acoge con esa hidalguía inigualable del español y porañidura castellano. Dulce recogimiento el que presta al que a él se llega, este pueblecito conqense. Amable, suavísimo e invisible abrazo aquél con que te saluda a tu llegada, viajero. Los que llegamos de noroñesas regiones encontramos en Albendea, como en otro cualquiera pueblo o aldea de Castilla, esa risueña bienvenida que da siempre todo poblado que asoma su alegría a la alegría florida de mil ventanas.

Sin un trazado rectilíneo de calles que nos prive de esconder en las revueltas callejas, angostas, penumbrosas en su silencio casi virgen, nuestro ensueño rememorador de otros años lejanos que pasearon por ellas rondadores músicos; bastante al margen de la civilidad sonora para que podamos dormir sin despertar ese sueño tan apetecido como caro hoy, que ni es romanticismo, ni ultramodernismo, sino un virtuoso término medio de paz, belleza y tradición. Albendea vive todavía la vida augusta y sencilla de aquellos tiempos en que todos los hombres decíamos ser hermanos y parecíamos éramos de buena voluntad.

Sobre la carretera de Guadalajara a Cuenca, entre Valdeolivas y Priego, Albendea, alhajada con plata de olivo a la luz de la luna y oro de mies sana al fuego del sol derretido, con escaso horizonte, no puede admirar su propia hermosura más que en los espejos naturales y preciosos de su río Guadaleja y de su cielo de eterno azul.

Sus calles desiertas, un poquillo tristes, porque sus habitantes refuerzan con su presencia la alegre perspectiva de sus campos eufóricos, se calcinan al sol en estas horas largas y tempranas de la tarde estival. En amable tertulia, los pocos «oficiales» del poblado se reúnen a la sombra de unas acacias, al pie de los muros de una casa señorial y solariega, en la plaza guardada celosamente por la torrevigía coronada con cruz de una iglesia de gigantesco caparazón.

El rosario de las horas se cuenta pronto en este lugarejo de Cuenca. Es la época del año, además, en que los minutos pierden segundos para todos. Los labriegos, ennegrecidos por el sol, encuentran corto el largo día para sus labores agotadoras. Activos, fuertes, no cesan en la recolección y van amonotonando en las eras haces de mies recién cortada que viene de los campos cimbreando su pan a lomos de mulas y que en su obanicar al compás del paso alegre de los animales de carga, más que otra

Una aclaración

Sr. Director de EL DEFENSOR DE CUENCA.

Muy Sr. mío: Aun a trueque de molestarle y por segunda vez, ruego a su bien probada caballerosidad, sea tan amable, que se digno dar cabida en EL DEFENSOR a las siguientes líneas y como aclaración a lo que en el número 27, (correspondiente al día 5, del mes en curso) dice *Heraldo de Cuenca*, referente a mi humilde persona y bajo el epígrafe de «Por una sola vez».

Muchas gracias y queda agradecida su afectísima

Eva Martínez

En honor a la verdad, y como aclaración he de manifestarle:

Primero. Que las cuartillas le fueron enviadas para su publicación, a la una y media de la tarde del día 18.

Segundo. Que a las siete y media de la tarde, me llamó el Sr. don D. C. P. a las Escuelas de Aguirre, para manifestarme que no me obstinase en su publicación, y en caso de hacerlo, suprimiendo la última parte; es decir, mutilando lo esencial de ellas, invocando para ello una ofensa personal, que yo no pretendí, y que no creo que exista; pues no existe otra cosa que el vehemente anhelo y el afán justificado de defenderme, dejando las cosas en su verdadero lugar.

Mi negativa fué terminante, y mi actitud resuelta a su publicación sin trabas ni cortapisas y sin que me allanara a la mencionada mutilación.

¿No recuerda el pladoso favorecedor, comentarista, lo que, vista mi actitud resuelta y sin temores contesté? Recuérdelo que es interesante y ¡ahí va!

Que si las publicaba me tocaría perder, porque siempre le toca perder al más débil, y en este caso la más débil eres tú, y a ti te tocaría perder, «prometiéndome además, si no lo publicaba, decir que no estaba enterado de lo que había dicho».

Cuando a las diez de la noche abandoné su domicilio, y al despedirme, reiteré con insistencia: «¡Piénsalo bien que si te las publico te acordarás».

Esa y no otra fué la razón que tuvo para no publicarlas. ¿Está claro? ¿Hay o no amenaza? Y conste que no miento, como usted ha dicho, porque ni recibí esa educación, ni tengo ese vicio.

Y ahora, como obligada resultancia, esta pregunta: ¿Existe o no tiranía? ¡Ahí! ¡No! Es todo bondad, todo caballerosidad, todo hidalguía, todo rendida cortés para una señorita, que necesitaba de la protección generosa de la Inspección y en apoyo, naturalmente, de una cosa justa.

Tercero. Efectivamente, a igualar conmigo en sueldo a otras gratificaciones, quedé suprimida mi gratificación. Pero la mía sola, ¡eh!, a quien se perseguía, y por la única que por lo visto se propugnaba. Pero, ¿es que la gratificación concedida por méritos en la enseñanza tiene que ver algo con el sueldo personal? ¿No se ve ahí bien a las claras el afán de perjudicarme? Y está claro también que a mí sola, puesto que solamente a mí, se me quitó la tantas veces mentada gratificación.



REO

OFRECE SU NUEVO MODELO ECONOMICO
CARGAS MAXIMAS GARANTIZADAS
POR LA FABRICA

HUGO KATTWINKEL
GTA. S. BERNARDO, 3. APARTADO. 10.001. MADRID

Cuando se me concedió esa gratificación, estimo que sería con un fundamento, y que acaso su aval de control fué sancionado por técnicos, que nada tendrían que envidiarle en el terreno profesional.

A mí tampoco tiene nadie que reprocharme nada, ni en el terreno personal ni el profesional; aunque tengo la evidencia absoluta de creer que nadie, recordando aquella parábola, podrá lanzar contra otro la primera piedra, por encontrarse exento, en absoluto, de cualquier género de faltas.

Ahí queda la verdad sin ropaje exótico, sin galanuras de lenguaje, sin frases rebuscadas ni retoricismos hiperbólicos, tan propios de periodistas, pero tan distante de aquéllos que solamente escribimos para defendernos, sabiendo que en la lucha literaria, aunque con armas nobles, tendremos, como tales periodistas, muchos grados de inferioridad.

Eva MARTÍNEZ.

N. de la R.—De la valiente defensa, que antecede, hecha por la señorita Eva Martínez contra el periódico izquierdista de la localidad (y por la cual felicitamos a la autora), resulta: 1.º Que el mencionado periódico ha faltado a la verdad; 2.º Que es cierto que no se le publicaron las cuartillas para su defensa; 3.º Que a sólo la Srta. Martínez se le suprimió la gratificación; y 4.º Que, para su defensa, no encontró apoyo en la Inspección.

¿Comentarios?... ¿Para qué?... Si mañana, lector benévolo, oyes de algún descalabrado profesional, sufrido por la Srta. Martínez, no preguntes por qué... ¡Es una nueva víctima del izquierdismo!

MITIN DE LA J. A. P.

En Minglanilla se celebrará el día 25, un mitin de propaganda de A. P. tomarán parte:

D. Conceso Coso,
D. Francisco Molina,
D. Ricardo González,
y los diputados:
D. Modesto Gosalvez y
D. Enrique Cuartero.

Existe en la comarca gran animación.

Dr. Florentino Castro

OCULISTA
del Hospital de la Cruz Roja de Madrid
CERVANTES, 15, — CUENCA
Horas de consulta: De 11 a 1 y de 4 a 6
Teléfono 206

¡¡AVISO!!

Sastrería ELEGANTE de Madrid ALVAREZ

Pone en conocimiento de su distinguida clientela que durante los meses de Agosto y Septiembre Tomará medida, probará y entregará en esta.

Las prendas son confeccionadas en los talleres que tiene instalados en su establecimiento de Madrid.

Se admiten géneros para su confección.

ELEGANCIA-ECONOMIA
Avisos: ENRIQUE MONJAS—Joyería y Relojería. Mariano Catalina, 24 y 26

Calzados Serna

Los más elegantes y económicos — Gran surtido en artículos de temporada

PRECIO FIJO
Calderón de la Barca, 22, Tel. 188
Mariano Catalina, 66, Tel. 192
CUENCA

Sanatorio Quirúrgico

de los Doctores
H. García Cubertoret
(del Hospital Central de la Cruz Roja)
M. Suay Rubio
(del Instituto Obstétrico de Madrid)
Próxima Apertura
Paseo de San Antonio, número 10

Clinica Oftálmica

(Con camas para operados)
Cava Baja, 10.—Tel. 54271
MADRID
DIRECTOR:
DR. JESUS GALINDEZ

Cementos Portland

de las
PRINCIPALES MARCAS
COLON, 38
(Junto al Garage «La Catalana»
CUENCA

ILLY CAFE

elaborado con las mejores calidades del Mundo — Sistema de conservación patentado

Pídalo en
Ultramarinos EL PILAR